

Perra de cara noble, ojos vivaces, orejas puntiagudas, su tipo canino parece oscilar entre el elegante «colie» y el «policia» de nuestros meridianos. Una raya blanca deslindaba su cara llamada a asomarse, de paso, por lares sólo presentidos por el novelista o el científico.

Su preparación llevó muchos días. Hasta dejarla lista para el salto mortal hacia arriba, allá donde la inercia queda burlada, y, claro, no se le dijo itinerario ni estación de llegada. Pero el instinto de «Laika» se habrá adelantado y cuando fue colocada en su inverosímil expreso, sin duda sabía que la cosa era seria. Como fue . . .

Nosotros que tenemos debilidad por el perro nos parece el mejor animal del planeta. Así como suena. La historia de sus heroísmos en la paz y en la guerra, en la ciudad y en el campo, es tan larga y hermosa como la devoción que se les profesa. El perro es cátedra viviente de lealtad; igual en las nieves de los Alpes que al lado del rebaño inerme; o junto al ciego que guía con celo admirable, o en la casa urbana que cuida como suya.

Y del perro salvaje que aún existe en Africa y del coyote que horada la noche con aullidos destemplados, al can manso de nuestros hogares, hay una distancia mejor aprovechada por el cuadrúpedo, que la existente entre el hombre de Nanderthal y el sabio y apóstol doctor Schweitzer —a quien por algo ponemos como arquetipo del mejor varón de esta era—.

Acaso por eso, por el indeclinable amor a los perros, pensemos que no es sólo tierno romanticismo protestar por el sacrificio de Laika. No porque el experimento se haga con base de crueldad. O porque un fin que no sea alto guíe la mano del sabio. Pero, se preguntan por el ancho mundo no sólo los miembros de Sociedades Protectoras, es necesario echar mano del más querido animal que pisa la costra del planeta . . . ? Hay muchos otros que merecen el viaje a las alturas. Cuyo organismo puede prestarse igualmente para el experimento. Y si se trata de salvajes y dañinos, la más modesta inyección los pone mansos y disponibles para hacer de ellos lo que venga en gana.

«Laika», de todos modos, es ya nombre inmortal. Lo recogerá la historia con más razón que el de muchos héroes de barro que ensangrentaron a



la especie. Ella ha muerto cercana al cielo, espiada por ángeles y arcángeles y alumbrado su velorio por ráfagas deslumbrantes de cometas.

Ha muerto en aras de un ideal del pobre hombre metiéndose en honduras científicas. Y si llegamos a la luna, como es de esperarse, «Laika» tendrá el primer monumento levantado por manos terrenas. O, al menos, una calle lunática.

El dueño de «Laika», uno de los sabios del experimento, la despidió con lágrimas. No quiso decirlo el país padrino de la audaz aventura porque hubiera revelado el fin trágico de la perra. Y lágrimas de sabio, además, deben permanecer secretas para no dar pábulo a mundanas interpretaciones en el viaje más espectacular llevado a cabo en los siglos de los siglos.

Lo que se antoja inexplicable, y «Laika» en su jaula férrea rodando alrededor del planeta es patética muestra, es el afán de conquistar otros mundos cuando apenas podemos con éste, al que un desliz lírico de cierto filósofo hizo decir que era el mejor de los posibles . . .

Si acá abajo vivimos con el alma en un hilo por amenazas bélicas, si los sucesos de Hungría no apagan sus ecos polémicos dentro de la izquierda resuelta a hablar con verdad, si un pedacito de tierra —Belice— crea discordias y alegatos, si en Argelia han muerto los patriotas como hormigas, y en Arkansas bayonetas federales tienen que acompañar a alumnos negros a clases; (si en el mismo México de Zapata y Cárdenas existen esas bayonetas en el Instituto Politécnico) y en Cuba . . . qué diablos anda haciendo el hombre en las alturas si acá abajo hay tanta tarea . . . ? O la consigna,

como en el medioevo es elevar los ojos al cielo olvidando lo que pasa a ras de tierra . . . ?

Pues alguien, con autoridad, acaba de decirlo: «Quien domine primero la luna será amo del mundo». Larguemos la última pregunta: ¿Se trata de buscar nuevos «amos» o de respetarnos todos para vivir en paz . . . ?

El emblema inapagable de Juárez, o la pesadilla histórica que viene de Alejandro y que culminó trágicamente en un Berlín envuelto en llamas. Nosotros estaremos siempre con la verdad hiriente de nuestros Juárez y si el experimento de «Laika» ha de contradecirlo —supongamos, sin conceder— entonces estamos doblemente en contra de su sacrificio.

Filósofos y teólogos, científicos y poetas, militares y políticos, meditaron y meditan en la primera incursión de un ser viviente a zonas desconocidas. Y va a necesitarse pronto hallar otra imaginación mayor que la del venerable Verne, y quitar del blanco de la poesía a la amenazada luna. Pues sólo quien habite la niebla del trasnochismo le hará versos cuando sea Base ocupada por generales con cohete al cinto.

Pase lo que pase, fracase o triunfe el hombre en su ambición infinita, se alcancen nuevos mundos o caigan seculares castigos bíblicos, indudable es que el nombre de «Laika» jamás será olvidado. Y su rostro dormido a miles de kilómetros da el mayor lauro a la heroicidad canina, mientras acá abajo sigue la furia bárbara de unos contra otros salpicando al planeta de odios innumerables.

México, D. F., 1958.